

Te encierran por investigadora

—¡Híjole, Pati! ¡Mira! ¡Se está quemando un incendio!

—Nati, no se puede quemar un incendio.

—¡Ay, tú! ¿¡Y qué quieres!? ¿¡Que se quemé el agua!?

—No, niña, el agua no se puede quemar.

—Bueno, entonces se quema un incendio.

—Natacha, el fuego no se puede quemar.

—¡Pati! ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí, porque cuando hablo no se me tapan las orejas.

—¡No digo eso, niña! ¡Fíjate en lo que dices! ¡El fuego es lo que más se quema en el mundo!

—¡El fuego nunca se quema, Nati!

—¡¡¡Pati!!! ¡Que no te escuchen en la escuela porque te meten presa!

—¡Natacha, tarada, el fuego quema las cosas, pero él no se quema!

—¡Pati, si el fuego se enciende es porque se puede prender fuego; entonces se quema, tarada!

—¡No, burra, lo que se quema es el aire!

—¡Pati, el aire apaga el fuego!

—¡El viento apaga el fuego, Natacha!

—¡¿Y el viento qué es, mijita, eh?! ¿¡A ver!? ¿¡Qué es, eh!? ¿Tierra?

—¡Cuando se mueve el aire! ¡¿Crees que no sé nada?!

—Pero, Pati no digas esas cosas, porque nosotras estudiamos juntas, y si empiezas a decir esas tarugadas, después yo voy a salir diciendo cualquier cosa también y va a ser por culpa tuya que se me pegó. No seas egoísta. Piensa un poco en los demás.

—¿¡Y qué vas a decir, Natacha!?

—Y como que el fuego no se quema... o que el agua no se moja, eres capaz de decir.

—(Uy) Nati, por supuesto que el agua no se moja.

—¡Ay, Pati! ¡Te llevaron los marcianos! ¿¡Qué te pasa, por favor!? ¿Qué quieres? ¿Que estudie con el Raffles?

—Óyeme...

—... Vas a tronar y yo voy a seguir progresando y me voy a quedar sola por tu culpa, güey.

—¿Me quieres escuchar, Natacha? Es lo mismo que el fuego.

—(desesperación, se agarra la cabeza) ¡Pati! ¡El agua es lo contrario del fuego! ¡Lo contrario!

—¡Como ejemplo, te digo, babas!

—Yo también, Pati: el agua es el ejemplo contrario del fuego.

—Lo que quiero decir es que el agua no se moja, sino que “ella” moja a las cosas, así como el fuego no se quema, sino que es el que quema, ¿no entiendes?

—Ay, sí. ¿Y el agua va a mojar sin mojarse?

—¡...!

—¿No ves que no puede ser? ¿El agua va a ser húmeda para todas las cosas, pero para ella misma va a ser seca, Pati? O es mojada para todos, o es seca para todos.

—(duda, piensa, duda) No, el agua no es seca.

—Claro, Pati, porque si no, existiría el agua en polvo, como la leche, y se venderían latas de agua en polvo, así, para el desierto o una misión espacial.

—(a regañadientes) Bueno, sí, ya sé que no hay agua en polvo... Pero el fuego no se quema.

—¡Chale, mana! ¡Sigues con eso!

—¡Y bueno, Natacha, tú siempre quieres tener la razón! ¡Una tú y una yo! ¡Si no es trampa! ¡Elige una! ¡No te pases!

—Órale. Yo tengo razón en la del agua.

—Sale, y yo en la del fuego. Listo.

—Bueno, listo (suspiro de alivio). Ay, te juro, Pati, que por un momento me diste un susto que me vi sola en la escuela porque te metían en un manicomio, por lo menos (la abraza).

—Ay, cómo eres exagerada. Además era una discusión de lo que vimos en Ciencias Naturales, nos mandarían a un laboratorio en todo caso (caminan abrazadas).

—No, pero a mí no me gusta investigar en un laboratorio.

—No, a mí tampoco.

—Bueno, amigui, entonces no andes diciendo esas cosas, porque te encierran de investigadora y después quién te saca (abrazada).

—Bueno, niña (abrazada).

—No, bueno, tú, niña (abrazada).

—Bueno, ya sé (abrazada).

—Bueno, entonces no digas (abrazada).



Los niños también usan

- ¡Mamá! ¡Mira! ¡Me compré una moneda!
- ¿Cómo que te “compraste” una moneda?!
- Está de pelos, mami, mira.
- Nati, ¿es de otro país?
- No, mami. ¡Se te ocurre cada cosa! Ja ja ja, es lana de aquí. ¿Para qué quiero de otro país? ¡Qué! ¿¡Nos vamos de viaje!?
- No. A ver, muéstramela.
- Mira, es una de diez centavos... Son retedifíciles de conseguir.
- ¿Y quién dijo que son difíciles de conseguir?
- La chava que me la vendió, mami. ¿¡Pos quién más!? Ay, a veces no das una.
- ¿Y se puede saber en cuánto te la vendió?
- ¡En un peso, ma! ¡Bien baras!

—Nati, una moneda de diez centavos vale diez centavos.

—No, porque si no se consigue cuesta más conseguirla, y si cuesta más: vale más. Hay que pagarla más, si no cualquiera tendría.

—Nati, mañana vas, se la regresas y le dices que no se pase de lista y te devuelva tu dinero.

—¿Por qué?! ¡Ma, no seas así! ¿Sabes lo que me costó convencerla porque no me la quería vender?

—¡Ya me puedo imaginar! Nati, se hizo la artista, pero te engañó.

—¡Para nada, mami! ¿Sabes cuál es? La que bailó rechido en el festival pasado. Una de sexto.

—Nati, pero...

—¿No te acuerdas que bailó precioso?

—Sí, Nati, pero ¿qué tiene que ver que haya bailado lindo con...?

—¡Mamá! ¿No te acuerdas cómo le aplaudía la gente? ¡Hasta tú te pusiste de pie!

—Sí, mi amor, pero ¿qué tiene que ver eso con que te vendió algo que no está bien?

—¿A poco es una moneda falsa?

—Nati, nadie falsificaría una moneda de diez centavos.

—Ah, entonces está bien.

—No está bien, Nati; me parece que se te confundió lo que la admiras con creerle todo.

—Nada que ver. No entendí, pero nada que ver.

—Que a ti te gustaría bailar como ella, y tal vez eso influyó en que aceptaras comprarle esa moneda.

—No, porque yo la quería para hacerle un arete a Raffles, y las monedas más grandes no sirven.

—¿¿¿¿¿Cómo que “un arete”!!!???

—No, porque, ¿ves que las personas usan aretes? Bueno, no es que el Raffles sea envidioso, pero qué mejor si él sabe que también puede usar, entonces yo pensé en uno así bien raro, como los que vimos en la feria de artesanías, ¿te acuerdas?

—Nati, ¿no estarás pensando perforarle una oreja al perro, no?

—Ay, mami, ¿tons cómo va a llevar el arete? ¿Agarrado con la boca? ¡Pobre Raffles!

—¡“Pobre” porque lo harías sufrir!

—No, ma, porque lo vamos a llevar al veterinario para que se lo ponga. ¡No seas! Y Pati y yo ya dijimos que la vamos a pulir para que parezca más de pirata. La moneda.

—Ni creas que voy a dejar que le hagas eso al perro.

—¡No le digas “al perro” a Raffles, mami!

—No me cambies la conversación. No se lo vas a hacer.

—Sí se lo vamos a hacer, para que quede bien galán y las perras se vuelvan locas. Vas a ver.

—Olvidalo, Nati (alejándose, da por terminado el tema).

—(levanta los hombros) Y si no, se lo atamos y ya.

—(silencio desde el estudio, concentrada en otro asunto)...

—Raffles, tú no te agüites ahora que ya te ilusionaste. ¿Ves que yo también tengo, y Pati? No duele, nada, nada, y queda precioso, y los niños también pueden usar. Antes en la antigüedad no, o bueno sí, pero más más en la antigüedad sí, pero después menos en la antigüedad ya no, pero ahora sí de nuevo; por eso: no te preocupes.

